

cia para ello. Los cinco acusados son conducidos al comité de seguridad general, donde sufren el interrogatorio de sus colegas antes de ser trasladados á la cárcel.

Mientras ocurrían tan importantes sucesos en la Convención, el Ayuntamiento seguía esperando. El ujier Courvol había ido á comunicar el decreto en que se mandaba arrestar á Henriot, citando á la barra al corregidor y al agente nacional. Recibieronle muy mal, y como pidiese un recibo, contestóle el corregidor: *En un día como hoy no se dan recibos. Ve á decir á la Convención que nosotros sabremos mantenerla, y á Robespierre que no tenga miedo, porque estamos aquí.* El corregidor se expresó después ante el consejo general de la manera más misteriosa acerca del motivo de la reunión; sólo habló del decreto que ordenaba al Ayuntamiento velar por la tranquilidad de París, y recordó las épocas en que éste desplegó un gran valor, aludiendo con harta claridad al 31 de mayo. El agente nacional Payán, tomando la palabra después del corregidor, propuso enviar dos individuos del consejo á la plaza del Ayuntamiento, donde se había reunido una inmensa multitud, á fin de arengar al pueblo é invitarle á reunirse con sus magistrados para salvar la patria. Después se redactó una exposición en la cual se decía que algunos malvados oprimían á Robespierre, *el virtuoso ciudadano que hizo decretar el dogma consolador del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma; á Saint-Just, el apóstol de la virtud, que puso término á la traición en el Rhin y en el Norte; y á Couthón, el virtuoso ciudadano, que sólo tenía vida en el corazón y en la cabeza, pero ardiendo uno y otra en patriotismo.* Acto continuo se acordó convocar á los presidentes y á los comandantes de la fuerza armada para comunicarles órdenes. Una diputación marchó á los jacobinos para invitarles á que fueran á fraternizar con el Ayuntamiento enviando al consejo general sus más enérgicos individuos y un buen número de *ciudadanos y ciudadanas* de las tribunas. Sin enunciar aún la insurrección, el Ayuntamiento adoptaba todas las medidas conducentes á este objeto: ignoraba el arresto de los cinco diputados, y he aquí por qué observaba cierta reserva.

Entretanto, Henriot había montado á caballo y recorría las calles de París. Entonces supo que se había arrestado á los cinco representantes, y comenzó á excitar al pueblo, gritando que algunos bribones oprimían á los diputados fieles, y que Couthón, Saint-Just y Robespierre acababan de ser detenidos. Aquel miserable estaba medio borracho; agitábase en su caballo, blandiendo el sable como un frenético, y así se dirige primeramente al arrabal de San Antonio para sublevar á los obreros, que apenas comprendían lo que decía, y que por otra parte comenzaban á compadecerse al ver pasar todos los días nuevas víctimas. Por una fatal casualidad, Henriot encuentra las carretas: al saberse el arresto de Robespierre habíanlas rodeado; y como se suponía que aquél era el autor de todas las ejecuciones, imaginábase que una vez detenido, deberían cesar éstas. En su consecuencia, queríase que los condenados retrocediesen; pero en aquel instante llega Henriot, opónese, y hace que se lleve á efecto aquella última ejecución. Después vuelve á galope al Luxemburgo, ordena á la gendarmería que se reuna en la plaza del Ayuntamiento, manda á un piquete que le siga, y baja por los muelles para ir á la plaza del Carrousel á poner en libertad á los priso-

neros que se hallaban en el comité de seguridad general. Corriendo por los muelles con sus ayudantes de campo, atropella varias personas; un hombre que llevaba su esposa del brazo se vuelve hacia los gendarmes y grita: «¡Gendarmes, detened á ese bandido, que ya no es vuestro general!» Un ayudante de campo le contesta con un sablazo. Henriot continúa su marcha, precipítase en la calle de San Honorato, llega á la plaza del Palacio Igualdad (Palacio Real), ve á Merlin de Thionville, y avanza contra él gritando: «¡Prended á ese tuno! Es uno de los que persiguen á los representantes fieles.» Apoderábase al punto de Merlin, le maltratan y conducenle al primer cuerpo de guardia: Una vez en los patios del Palacio Nacional, Henriot manda apearse á cuantos le acompañan, y quiere penetrar en el edificio; pero se lo impiden los granaderos cruzando las bayonetas. En aquel instante adelántase un ujier y dice: «¡Gendarmes, detened á ese rebelde; un decreto de la Convención lo ordena!» Acto continuo rodean á Henriot, desármanle, así como á varios de sus ayudantes, los atan y conducenlos á la sala del comité de seguridad general, donde se hallan los Robespierre, Couthón, Saint-Just y Lebás.

Hasta aquí todo iba bien para la Convención; sus decretos, expedidos atrevidamente, se habían llevado á efecto con felicidad, pero el Ayuntamiento y los jacobinos, que no habían proclamado aún abiertamente la insurrección, iban á pronunciarse y á realizar su proyecto de un 2 de junio. Por fortuna, mientras que la Convención suspendía imprudentemente su sesión, el Ayuntamiento hacía lo mismo, y todos perdían el tiempo. El consejo no vuelve á reunirse hasta las seis, hora en que ya era conocido el arresto de los cinco diputados y de Henriot. Al recibir el consejo esta noticia no se contiene ya, y declara que se subleva contra los opresores del pueblo, que tratan de dar muerte á sus defensores. Después manda tocar á rebato en las Casas Consistoriales y en todas las secciones; hace ir á uno de sus individuos á cada una de ellas para excitarlas á la insurrección y enviar sus batallones al Ayuntamiento; ordena que varios gendarmes vayan á cerrar las barreras, y previene á todos los alcaides de las cárceles que no admitan á ninguno de los prisioneros que les presenten. Por último, nombra una comisión ejecutiva de doce individuos, en la que figuran Payán y Coffinhal, para dirigir la insurrección y usar de todos los poderes soberanos del pueblo. En aquel instante se habían reunido ya en la plaza del Ayuntamiento algunos batallones de las secciones, varias compañías de artilleros y una gran parte de la gendarmería. Comiézase por hacer prestar el juramento á los comandantes de los batallones allí presentes, y después se manda á Coffinhal que vaya con algunos centenares de hombres á la Convención para libertar á los presos.

Robespierre el mayor había sido conducido ya al Luxemburgo, el menor á la casa de San Lázaro, Couthón á Puerto Libre, Saint-Just á los Escoceses, y Lebás á la casa de justicia del departamento; pero cumpliése la orden comunicada por el Ayuntamiento á los alcaides y no se admitió á los detenidos. Apoderáronse de ellos los agentes de policía, y los condujeron en coche al corregimiento. Al presentarse Robespierre, abrazáronle y le colmaron de muestras de cariño, jurando morir en su defensa y la de todos los diputados fieles. Henriot,

entretanto, había quedado solo en el comité de seguridad general: Coffinhal, vicepresidente de los jacobinos, llega sable en mano con algunas compañías de las secciones, invade las salas del comité, expulsa á sus individuos, y pone en libertad á Henriot y á sus ayudantes de campo. Libre ya Henriot, corre á la plaza del Carrousel, encuentra sus caballos, lánzase sobre uno de ellos y, con bastante presencia de ánimo, dice á las compañías de las secciones y á los artilleros que estaban á su alrededor que el comité acaba de declararle inocente y de restituírle el mando. Entonces le rodean, y seguido de una numerosa multitud, comienza á dar órdenes contra la Convención y para sitiar el edificio.

Eran las siete de la tarde: la Convención acababa apenas de reanudar sus debates, y en el intervalo había alcanzado grandes ventajas el Ayuntamiento. Según hemos visto, proclamó la insurrección, enviando comisionados á las secciones; había reunido ya muchas compañías de artilleros y de gendarmes y puesto en libertad á los presos, de modo que con un poco de audacia podía marchar rápidamente contra la Convención para obligarla á revocar sus decretos. Contaba además con los alumnos de la escuela militar de Marte, cuyo comandante, Labretheche, le era completamente adicto.

Los diputados se reúnen tumultuosamente, comunicándose con espanto las noticias de la tarde. Los individuos de los comités, atemorizados é indecisos, se hallan reunidos en una pequeña sala junto á la mesa del presidente, y allí deliberan sin saber qué partido tomar. Sucédense en la tribuna varios diputados, y dan cuenta de lo que ocurre en París; anúnciase que los prisioneros han sido puestos en libertad, que el Ayuntamiento se ha reunido con los jacobinos, disponiendo ya de una fuerza considerable, y que muy pronto será sitiada la Convención. Bourdón propone salir en cuerpo para dejarse ver del pueblo y granjearse su favor; Legendre se empeña en tranquilizar á la Asamblea, diciendo que en todas partes encontrará montañeses puros y leales dispuestos á defenderla, y en aquel momento de peligro da pruebas de un valor que no tuvo contra Robespierre. Billaud sube á la tribuna y anuncia que Henriot está en la plaza del Carrousel, que ha extraviado á los artilleros, que acaba de asestar los cañones contra la sala de la Convención y que iba á comenzar el ataque. Collot d'Herbois ocupa entonces el sillón de la presidencia, que por la configuración de la sala debía recibir los primeros balazos, y dice al sentarse: «Representantes, he aquí el momento de morir en nuestro puesto. Algunos infames han invadido el Palacio Nacional.» Al oír estas palabras todos los diputados, algunos de los cuales permanecían en pie, mientras los otros andaban por la sala, ocupan sus asientos, guardando un majestuoso silencio. Todos los ciudadanos de las tribunas huyen entonces, produciendo un ruido espantoso, dejando sólo tras sí una nube de polvo. La Convención queda abandonada y convencida de que va á morir, pero resuelta á perecer más bien que á tolerar un Cromwell. ¡Admírense aquí el imperio de las circunstancias sobre los ánimos! ¡Aquellos mismos hombres, tan largo tiempo sometidos á un preceptor que los arengaba, arrostran ahora con sublime resignación los cañones que han mandado asestar contra ellos! Varios individuos de la Asamblea entran y salen con las noticias de lo que

ocurre en el Carrousel, y dicen que Henriot sigue dando órdenes: «¡Fuera de la ley, fuera de la ley ese bandido!», gritan en la sala. Expídese el decreto al punto, declarando á Henriot fuera de la ley, y varios diputados van á publicarle ante el Palacio Nacional.

En aquel momento, Henriot, que había extraviado á los artilleros, haciéndoles asestar las piezas contra el edificio, trataba de inducirlos á disparar: manda hacer fuego, pero vacilan, y entonces gritan varios diputados: «¡Artilleros, vais á deshonraros; ese bandido está fuera de la ley!» Los artilleros se niegan entonces resueltamente á obedecer á Henriot, que abandonado de los suyos, sólo le queda tiempo para volver grupas é ir á refugiarse en la municipalidad.

Pasado este primer peligro, la Convención declara fuera de la ley á los diputados que han eludido sus decretos y á todos los individuos del Ayuntamiento que se hayan insurreccionado. No obstante, esto no bastaba; pues si Henriot no se hallaba ya en la plaza del Carrousel, los revoltosos estaban en el Ayuntamiento con todas sus fuerzas, quedándose aún el recurso de un golpe de mano. Era indispensable evitar este gran peligro, pero deliberábase sin adoptar una resolución. En la pequeña sala situada junto á la mesa de la presidencia, donde permanecían los comités y muchos diputados, se propuso nombrar un comandante de la fuerza armada, elegido en el seno de la asamblea. «¿Quién?, preguntan.—Barras, contesta una voz; él tendrá valor para aceptar.» Voulard corre al punto á la tribuna y propone que se nombre al representante Barras para dirigir la fuerza armada. La Convención acepta, nombra á Barras y designa otros seis diputados para mandar á sus órdenes, Frerón, Ferrand, Rovere, Delmás, Bolletí, Leonardo Bourdón y Bourdón de l'Oise. Un individuo de la Asamblea agrega á esta proposición otra que no es de menor importancia, y que consiste en enviar representantes para que vayan á instruir á las secciones y pedirles el auxilio de su fuerza armada. Esta última medida era la más necesaria, porque urgía decidir á las secciones, vacilantes ó engañadas.

Barras corre hacia los batallones ya reunidos para darles á conocer sus poderes y distribuirlos alrededor de la Convención. Los representantes enviados á las secciones se presentan ante ellas para arengarlas: en aquel instante, las más estaban inciertas, é inclinábanse muy pocas en favor del Ayuntamiento y de Robespierre, porque inspiraba horror el atroz sistema de que se le creía autor, y deseábase un acontecimiento que pusiera término á él. Sin embargo, el temor paralizaba todavía á todos los ciudadanos, y ninguno osaba decirse. El Ayuntamiento, al que las secciones estaban acostumbradas á obedecer, había enviado á llamarlas, y algunas, no atreviéndose á resistir, despacharon comisionados, no á fin de adherirse al proyecto de insurrección, sino para instruirse acerca de los acontecimientos. París estaba en la incertidumbre y la ansiedad: los parientes de los prisioneros, sus amigos, todos aquellos, en fin, que sufrían á consecuencia de aquel régimen cruel, salían de sus casas, acercábanse de calle en calle hacia los sitios donde reinaba el tumulto y procuraban recoger algunas noticias. Los infelices presos, que habían visto desde sus rejas mucho movimiento, y oído un gran estrépito, sospechaban alguna cosa; pero estre-

mecíanse al pensar que aquel nuevo acontecimiento podía agravar su suerte. Sin embargo, la tristeza de los carceleros, las palabras que se murmuraban al oído de los colaboradores de listas y la consternación que siguió disiparon un poco las dudas. Muy pronto se supo, por varias palabras sueltas, que Robespierre estaba en peligro; los parientes acudían á ponerse debajo de las ventanas de las cárceles para indicar por señas lo que pasaba; y entonces, reuniéndose los presos, manifestaron su extremada alegría. Los infames delatores, temblando ya, llamaron aparte á varios de los sospechosos y trataron de justificarse y persuadirles de que no eran ellos los autores de las listas de proscripción. Algunos, reconociéndose culpables, alegaban haber suprimido nombres; el uno no había dado sino cuarenta de los doscientos que se le pedían; el otro alegaba haber rasgado listas enteras; aquellos miserables se acusaban recíprocamente, en medio de su espanto, cubriéndose unos á otros de ignominia.

Los diputados distribuidos por las secciones no habían tenido trabajo en prevalecer sobre los enviados desconocidos del Ayuntamiento. Las secciones que habían encaminado sus batallones á la Casa de la Ciudad les daban orden para volver, y las otras enviaban los suyos hacia el Palacio Nacional, que ya se hallaba suficientemente protegido. Barras fué á anunciarlo á la Asamblea, y corrió luego á la explanada de Sablóns para reemplazar á Labretheche, que estaba destituido, y conducir á los alumnos de la escuela de Marte en auxilio de la Convención.

La representación nacional se hallaba ya libre de un golpe de mano, y era llegado el caso de marchar contra el Ayuntamiento para tomar la iniciativa que él no tomaba. Resuélvese avanzar sobre la Casa de la Ciudad; Leonardo Bourdón, que estaba á la cabeza de un gran número de batallones, suspende la marcha; y en el momento de anunciar que se dirige contra los rebeldes, dícele Tallián, que ocupaba la presidencia: «¡Ve pronto, y que no vuelva á lucir el sol para los conspiradores!» Leonardo Bourdón sale por los muelles y llega á la plaza del Ayuntamiento, donde se ven todavía muchos gendarmes, artilleros y ciudadanos armados de las secciones. Un agente del comité de salvación pública, llamado Dulac, tiene el suficiente valor para deslizarse en sus filas y leerles el decreto de la Convención, que declaraba al Ayuntamiento fuera de la ley. El respeto que había inspirado la Asamblea, en cuyo nombre se ejecutaba todo hacía dos años, y el que merecían las palabras de ley y república, predominan por fin; sepáranse los batallones, y mientras los unos vuelven á sus casas, reúnen los otros con Leonardo Bourdón y la plaza del Ayuntamiento queda desierta. Los que la guardaban y los que iban para atacarla se sitúan en las calles contiguas para ocupar todas las avenidas.

Hablábase formado tal idea de la resolución de los conspiradores y se admiraba tanto verlos casi inmóviles en la Casa de la Ciudad, que todos vacilaban en acercarse. Leonardo Bourdón temía que hubiesen minado el edificio, pero no había nada de esto; deliberábase en tumulto, se proponía escribir á los ejércitos y á las provincias, sin saber en nombre de quién debería hacerse, y no se osaba tomar una resolución decisiva.

Si Robespierre se hubiera atrevido, como hombre de

acción, á dejarse ver y á marchar contra la Convención, la habría puesto en peligro; pero sólo era un preceptor, y por otra parte comprendía, así como todos sus partidarios, que la opinión les abandonaba. Había llegado por fin el término de aquel espantoso régimen: la Convención era obedecida por todas partes, y la medida de declarar á ciertos individuos fuera de la ley producía un efecto mágico. Aunque hubiese tenido más energía, aquellas circunstancias, superiores á toda fuerza individual, bastaban para desanimar á Robespierre. El decreto que declaraba á los acusados fuera de la ley produjo en todos indecible estupor cuando desde la plaza del Ayuntamiento llegó á la Casa de la Ciudad. Payán, que le recibió, leyóle en alta voz, y con gran presencia de ánimo añadió en la lista de las personas declaradas fuera de la ley *el pueblo de las tribunas*, que no figuraba en el decreto. Contra lo que esperaba, el público de las tribunas huye atemorizado, no queriendo participar del anatema que acaba de fulminar la Convención; y entonces se apodera el mayor desaliento de los conjurados. Henriot baja á la plaza á fin de arengar á los artilleros, mas como no encuentra un solo hombre, grita blasfemando: «¡Cómo! ¡Me abandonan ahora esos pícaros artilleros, que me han salvado hace algunas horas!» Entonces sube furioso para anunciar esta noticia al Consejo. Los conjurados, sumidos en la desesperación, ven que les abandonan sus tropas, que les han cercado por todas partes las de la Convención, y se acusan y reconviene mutuamente por su desgracia. Coffinhal, hombre enérgico, pero que se vió mal secundado, indignase contra Henriot y le dice: «¡Bribón, tu cobardía es la que nos ha perdido!» Al decir esto, precipítase sobre él, y cogiéndole por la mitad del cuerpo le arroja por una ventana. El miserable Henriot cae sobre un montón de basura, que amortigua el golpe impidiendo que sea mortal. Lebas se dispara un pistoletazo; Robespierre joven se tira por una ventana; Saint-Just permanece sereno é inmóvil, con un arma en la mano, sin querer herirse; Robespierre, decidiéndose al fin á poner término á su existencia, halla en aquel extremo el valor suficiente para arrancarse la vida, y se dispara un pistoletazo; pero la bala le atraviesa sólo la mejilla, causándole una herida poco peligrosa.

En aquel momento, algunos hombres atrevidos, el llamado Dulac, el gendarme Meda y otros varios, dejando á Bourdón con sus batallones en la plaza del Ayuntamiento, suben armados de sables y de pistolas y penetran en la sala del consejo, en el momento en que acaba de oírse el ruido de dos detonaciones. Los concejales iban á despojarse de sus fajas; pero Dulac amenaza dar de sablazos al primero que intente hacerlo. Todos permanecen inmóviles; apodéranse de los concejales, de Payán, Fleuriot, Dumás, Coffinhal, etc.; se coloca á los heridos en camillas y se dirigen todos triunfalmente á la Convención. Eran las tres de la madrugada: alrededor de la sala resuenan los gritos de victoria, penetrando hasta sus bóvedas; luego se oyen los de ¡Viva la libertad! ¡Viva la Convención! ¡Mueran los tiranos!, y el presidente pronuncia las siguientes palabras: «Representantes: Robespierre y sus cómplices están á la puerta de vuestra sala; ¿queréis que los traigan á vuestra presencia?—¡No, no!, gritan por todas partes; ¡al cadalso los conspiradores!»

Robespierre es conducido con los suyos á la sala del comité de salvación pública; échanle sobre una mesa y le ponen algunos legajos debajo de la cabeza. Conservaba su presencia de ánimo, pareciendo impasible; llevaba el mismo traje azul que en la festividad del Ser Supremo, calzones de mahón y medias blancas, que con el trastorno se habían bajado hasta los zapatos; la sangre corría de su herida y la enjugaba con una funda de pistola. De vez en cuando le daban pedazos de papel para que se limpiase la casaca, y así permaneció algunas horas expuesto á la curiosidad y á los ultrajes de una numerosa multitud.

Cuando llegó el cirujano para curarle, levantóse él solo, bajó de la mesa y fué á sentarse en un sillón. Sufrió una cura dolorosa sin exhalar una queja; tenía la insensibilidad y la ceguera del orgullo humillado, y á nada respondía. Condujéronle después á la Conserjería con Saint-Just y los otros; su hermano y Henriot fueron recogidos medio muertos en las calles contiguas á la Casa de la Ciudad.

Como el hecho de declarar á un individuo fuera de la ley dispensaba de todo juicio, era suficiente probar la identidad. En la mañana del día siguiente, 10 termidor (28 julio), los culpables comparecen en número de veintiuno ante el tribunal á que habían enviado tantas víctimas. Fouquier-Tinville prueba la identidad, y á las cuatro de la tarde da orden de conducirlos al cadalso. La multitud, que hacía mucho tiempo había renunciado al espectáculo de las ejecuciones, acudió aquel día con el mayor apresuramiento. Habíase levantado el patíbulo en la plaza de la Revolución: un gentío inmenso ocupaba la calle de San Honorato, las Tullerías y la gran plaza. Numerosos parientes de las víctimas seguían á las carretas profiriendo imprecaciones; acercábanse muchos pidiendo que se les dejara ver á Robespierre, y los gendarmes le señalaban con la punta del sable. Cuando los reos llegaron al cadalso, los verdugos, mostrando á Robespierre á todo el pueblo, le quitaron el pañuelo que rodeaba su rostro y arrancáronle el primer grito que había lanzado hasta entonces. Murió con la misma impasibilidad de que había dado pruebas hacía veinticuatro horas; Saint-Just, con el valor que siempre demostró; Couthón, abatido; y en cuanto á Henriot y Robespierre el menor estaban ya moribundos á consecuencia de sus heridas. Á cada golpe del hacha fatal resonaban los aplausos, manifestando la multitud una extraordinaria alegría. La satisfacción era general en París: en las prisiones se oían cánticos; abrazábanse unos á otros con una especie de embriaguez, y se pagaba hasta treinta francos por las hojas volantes que referían los últimos acontecimientos. Aunque la Convención no había declarado que abolía el sistema del terror, y por más que los vencedores fuesen los autores ó los apóstoles de él, creíase concluido con Robespierre, por haber recaído en él todo el horror.

Tal fué aquella feliz catástrofe que terminó la marcha ascendente de la revolución para comenzar el descenso. La revolución había derribado la antigua Constitución feudal en 14 de julio de 1789; el 5 y 6 de octubre arrebató al rey de la corte para asegurarse de él; después hizo una Constitución, confiándola al monarca en 1791, como ensayo; y arrepiñándose muy pronto de haber hecho aquella prueba desgraciada, desesperando de re-

conciliar á la corte con la libertad, invadió las Tullerías el 10 de agosto, aprisionando á Luis XVI. Como Austria y Prusia avanzaban para destruirla, lanzó como guante de reto, sirviéndonos de su terrible lenguaje, la cabeza de un rey y la de seis mil prisioneros; empeñó irrevocablemente aquella lucha, y pudo rechazar á los coligados con su primer esfuerzo. Su cólera duplicó el número de sus enemigos, y el aumento de éstos y el riesgo redobló sus iras, trocándolas en furor. Arrancó violentamente del templo de las leyes á republicanos sinceros, pero que no comprendiendo los extremos querían moderarla; y entonces hubo de combatir contra una mitad de Francia, la Vendée y Europa. Por efecto de esta acción y reacción continuas de los obstáculos contra su voluntad y de ésta contra aquéllos, llegó al último grado del peligro y del enfurecimiento; elevó cadalsos y envió un millón de hombres á las fronteras. Entonces, sublime y atroz al mismo tiempo, viósele destruir con ciego furor y administrar con prontitud sorprendente y profunda prudencia. Convertida, por la necesidad de una acción enérgica, de turbulenta democracia en dictadura absoluta, se regularizó, presentándose silenciosa y formidable. Durante el fin del 93 hasta principios del 94 mantúvose unida por la inminencia del peligro; pero cuando la victoria hubo coronado sus esfuerzos, á fines del 93, pudo producirse una discordia, porque algunos corazones generosos y fuertes, calmados por el triunfo, gritaban: «¡Compasión para los vencidos!» Sin embargo, no todos los corazones se habían tranquilizado aún; no era evidente para todos que se hubiese salvado la revolución; la compasión de los unos excitó el furor de los otros, y hubo hombres extravagantes que quisieron por todo gobierno un tribunal de muerte. La dictadura agobió á los dos nuevos partidos que entorpecían su marcha: Hebert, Ronsin y Vincent perecieron con Dantón y Desmoulin. La revolución continuó así su carrera, cubrióse de gloria desde principios de 1794, y venció á toda Europa, dejándola confundida. Era el momento en que la compasión debía anteponerse á la cólera; pero sucedió lo que sucede siempre: del incidente de un día se quiso hacer un sistema; los jefes del gobierno habían sistematizado la violencia y la crueldad, y cuando pasaban los peligros y los furores, deseábase matar sin descanso, por más que el horror público protestara por todas partes. Á la oposición querían contestar por el medio acostumbrado: la muerte. Entonces partió un mismo grito á la vez de sus rivales en el poder, de sus colegas amenazados, y aquel grito fué la señal de la sublevación general. Necesitáronse algunos instantes para sacudir el entorpecimiento causado por el temor; pero consiguióse muy pronto, y el sistema del terror quedó suprimido.

Pregúntanse algunos qué habría sucedido si Robespierre hubiese triunfado: el abandono en que se vió prueba que esto era imposible; pero en el caso de vencer, hubiera sido necesario que cediese al sentimiento general ó que sucumbiera más tarde. Así como todos los usurpadores, hubiérase visto obligado á reemplazar los horrores de las facciones con un régimen tranquilo y benigno; pero por otra parte, no era á Robespierre á quien correspondía ser este usurpador. Nuestra revolución era demasiado vasta para que aquel mismo hombre, diputado en la Constituyente en 1789, fuese pro-

clamado emperador ó protector en 1804 en la iglesia de Nuestra Señora. En un país menos avanzado y extenso, como lo era Inglaterra, donde el mismo hombre podía ser aún tribuno y general, y reunir estas dos funciones; un Cromwell consiguió ser á la vez hombre de partido al principio y soldado usurpador al fin; pero en una revolución tan vasta como la nuestra, en que la guerra fué tan terrible y dominante, en que el mismo individuo no podía ocupar á un tiempo la tribuna y los campos de batalla, los hombres de partido se devoraron entre sí; después vinieron los de guerra, y un soldado acabó por ser único dueño.

Robespierre no podía, pues, desempeñar entre nosotros el papel de usurpador. ¿Por qué le fué dado sobrevivir á todos aquellos revolucionarios famosos, que tan superiores le eran en genio y en influencia, á un

Dantón, por ejemplo.? Robespierre era íntegro, y se necesita una buena reputación para cautivar las masas; no conocía la compasión, que es lo que pierde en las revoluciones á los que la tienen; su orgullo era tenaz y perseverante, única cualidad para estar siempre presente en los ánimos, y con esto debió sobrevivir á todos sus rivales; pero fué un hombre de la peor especie. Era un devoto sin pasiones, sin los vicios á que ellas se exponen, pero sin el valor, la grandeza y la sensibilidad que las acompañan de ordinario; un devoto que sólo vive de su orgullo y de su creencia, que se oculta el día de peligro, que vuelve para hacerse adorar después de la victoria alcanzada por los otros, es uno de los seres más odiosos que hayan dominado á los hombres, y hasta se diría de los más viles, si no hubiese tenido una fuerte convicción y una integridad reconocida.